

ANTONIO DAL MASETTO: INAUGURAL

Por ADRIÁN FERRERO

Oscuramente fuerte es la vida, la novela de Antonio Dal Masetto que leí primero, data de 1990. Esto no me extraña. Porque yo había ingresado a la Universidad en 1989 y me había convertido en un devorador de libros (además de un escritor principiante), sobre todo de literatura argentina contemporánea. Un hito importante de esa serie fue la colección Planeta Biblioteca del Sur. En ella figuraban varios títulos de Dal Masetto, como *Siete de oro* o *Siempre es difícil volver a casa*, junto con el primero arriba citado. Había títulos de Juan Forn, *Nadar de noche*, de Ernesto Schoó, de Oscar Hermes Villordo, *El ahijado*, de Tomás Eloy Martínez, *La novela de Perón*, *Bajo bandera* de Guillermo Saccomanno, una biografía de Borges de Horacio Salas. Oscar Hermes Villordo había publicado también un ensayo sobre el Grupo Sur. Había también algunos latinoamericanos, como Marcelo Figueras o Gonzalo Contreras (con su espléndida novela *La ciudad anterior*, de 1991, que me produjo un impacto de una enrarecida atmósfera durante toda su lectura, que jamás regresó en otro libro), la vanguardista chilena Diamela Eltit, Napoleón Bacino Ponce de León, entre otros. Yo fui comprando todos y cada uno de estos libros. Leyéndolos con devoción, con placer, con entusiasmo, eran una escuela paralela a la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Plata (Argentina), donde cursaba mis estudios. Eran autores deliciosos de mi país, a la vez que planteaban conflictos interesantes de la realidad nacional, de la política, del género, de la transgresión en las formas narrativas. Pasaba largas horas con estos y otros libros en una época que a decir verdad ya se había iniciado a mis 18 años, el último año de mi bachillerato de un Colegio Universitario, el Colegio Nacional "Rafael Hernández", dependiente de la Universidad Nacional de La Plata, en que una vez elegida la carrera de Letras, había tomado la decisión de ser un estudiante culto. Eso fue sinónimo además de todo un pasado lector, de leer con voracidad toda una colección entera de una brillante serie de títulos de literatura universal en buenas traducciones. Algunos libros en inglés. Y otros tantos libros en forma aislada que no pertenecían a ninguna colección pero yo sabía eran importantes. No obstante, pese a títulos como *Vatheck* o autores como Nathaniel Hawthorne, Kafka o varios otros nombres, hay algunos recuerdos mucho más vívidos de esa etapa. Abelardo Castillo, Edgar Allan Poe, Cortázar, Borges, Silvina Ocampo e Isidoro Blaisten, entre otros. Ya ven, mucha literatura argentina. Línea que luego proseguí a lo largo de toda mi vida hasta el presente. Un corpus que a mí me interesa por razones placenteras, consiste en un deseo leerla. Pero también, con los años he llegado a la conclusión de que bien visto tiene que ver reconstruir las tramas de las que está hecha mi propia voz, que está constituida por las mismas variables que afectaron a estas poéticas.

Pero regresando a Dal Masetto, a la vuelta de los años, me encontré cierto atardecer de otoño o invierno, alrededor de 2013, en una de esas librerías que pertenecen a una cadena, con una colección que había publicado evidentemente obras tardías de este autor. La compré. Se trata de una que me conmovió mucho, que me movilizó, que si no falla mi recuerdo consistía en el regreso de un padre

con su hija al lugar en el que él había nacido en Italia. Como yo también tengo una hija no me resultó difícil evocar la relación que se entabla con una persona de tal proximidad de parentesco, si bien la mía no era adulta por entonces, sino una niña. Pero sí estuve en condiciones de poder literalmente experimentar, desde lo subjetivo hasta desde la percepción, diría, casi corporal, casi física, tangible, la circunstancia imaginaria pero al mismo tiempo material de estar en el lugar de nacimiento de una persona, probablemente con otra persona: con la que uno más quiere en el mundo. De estar en el lugar en el que se había originado su vida, en el lugar en el que había llegado a este mundo, el pueblo en el que había vivido sus primeros años. Si bien Dal Masetto (al menos a mi juicio), tiene novelas mejores que esta, no menos cierto es que las emociones primordiales que ponía en juego esta trama, superaban con creces las de cualquier otra que yo hubiera leído de su pluma. Esto no era una ficción virtuosa. Esto era algo distinto. Me enteré de que luego de *Oscuramente fuerte es la vida*, prosigue ese ciclo de la identidad luego con *La tierra incomparable* (supe luego, de 1994) y se cierra con *Cita en el lago Maggiore*, que acabo de chequear data de 2011. Había llegado a mis manos algo más tarde. Fue entonces cuando me decidí a buscar algunos datos. Unos pocos. El regreso al pueblo de Tarni, con su hija, la nieta de Ágata, madre de él, abuela de ella, son las dos referencias que trazan la geometría de esta trilogía genealógica. Ágata era, precisamente, la que había protagonizado *Oscuramente fuerte es la vida*.

No recuerdo demasiado de la novela de 2011. Acabo de buscar esos detalles menudos, no estaba interesado en conocer su contenido exhaustivamente (porque quiero releerla ahora) pero sí saber lo más elemental. Lo que me importó fue refrescar los datos que a mí me llevaron a experimentar esa emoción, sí, incomparable, como la tierra antes nombrada.

Tal vez porque siempre he sentido devoción por mis abuelos, siendo dos familias tan distintas, este regreso fue importante. Si la abuela Ágata había sido fuente de una novela. Esta saga en mi caso el regreso con mi hija (su bisnieta) a un lugar (¿físico o de la experiencia emotiva?) con el que ambos estábamos tan entreverados se transfería al orden de lo imaginario por obra de esta novela. Y en esta constelación imaginaria ella y yo podíamos fundirnos mediante el afecto, sin que fueran necesarias demasiadas palabras sino hacer un gesto abarcando un espacio importante, también sin acudir a las palabras hasta el punto de que se me estrujara el corazón, incluso de que la impresión fuera de tal intensidad que llegara al llanto no ya de angustia sino de emoción.

Y ahora que lo pienso, un paseo con un ser querido, durante todo un día, haciéndole conocer o señalándole los lugares cardinales donde transcurrió nuestra vida, que fueron significativos para nuestro crecimiento (doloroso, que nos colmó de felicidad, simplemente por el que transitamos por costumbre u obligación, donde vivieron sus ancestros y los nuestros) puede ser una buena idea. Y dado que no soy un inmigrante que deba remontarse a su tierra natal en otra patria, sin necesidad de llegar a los ancestros (lo que en mi caso sí tuvo lugar), sino en nuestra relación padre e hija, recortar estos escenarios como zonas por dentro de los cuales nuestra biografía se cruzó con la suya siendo ellos pequeños. Ese paseo podría incluir un pasado menos remoto, en que esa hija acababa de nacer, reconocer la Clínica en la que había nacido, recorrer una plaza a la que la llevábamos cuando era pequeña a dar vueltas en una calesita, porque no disponíamos de un jardín ni un parque sino de un departamento pequeño para vivir. O de los paseos en cochecito. Ciertos negocios del barrio

que ya no existen pero en los que solíamos comprar succulentos platos para ellos. Quioscos con golosinas para llevar a casa. Contarle de un Videoclub donde le alquilábamos películas para que viera. Señalarle espacios públicos nuevos para indicarle cuáles habían existido antes cuando paseábamos con ella.

De modo que en este “viaje a la semilla” hay una nostalgia que aún no ha tenido lugar más que parcialmente, mediante fugaces relatos orales. Chispazos que no lo dicen todo sino que son puro fragmentos. Y relatos quizás en los que a nuestra hija le hemos narrado anécdotas o rituales en los que fueron ellos mismos los protagonistas. Uno mismo es un mero cronista. Un memorioso narrador que a la vez distorsiona la realidad tal como fue según su particular punto de vista. Esos relatos son efectivamente primordiales. Y Antonio Dal Masetto con su trilogía evidentemente había llegado a una zona sagrada de la condición humana, que desde la experiencia estética de sus novelas reenviaba al orden de lo real, de lo empírico para permitirme recuperar ese vínculo con mi hija. Y en ese impacto emocionante, en ese shock que uno mismo sentía al asistir al espectáculo de un lugar entrañable (en el sentido literal de que se aloja en el las entrañas de nuestro cuerpo), estuviera concentrado también el dolor, por qué no decirlo. La argamasa de la que estamos constituidos, las distintas épocas de nuestras vidas, felices, desdichadas, los accidentes, los hitos que las habían marcado, el modo en que habíamos procesado las emociones en esos espacios en que habían acontecido, serían los distintos sentimientos que permitirían, a un escritor (o a cualquier ser humano en otro sentido, en un relato oral) plasmar bajo la forma de texto lo que antes había estado encarnado. Descarnado ahora, Antonio Dal Masetto regresó conmigo y con mi hija a Tarni, su pueblo natal. Y nos permitió contemplarnos con mi hija a los ojos. Hablar la verdad. Decirnos la verdad. Por fin pronunciarla. Aun la que más sufrimiento nos había causado. La revelación del milagro en que padre e hija descorren el velo que antes había mantenido cubierto un acontecimiento por pudor, miedos o para su preservación. Se podía llamar a las cosas por su nombre. Del mismo modo en que se lo había hecho por primera vez en la historia de la humanidad. “Venado”, “trigo”, “agua”, “flor”, así había hecho Adán, según cuentas las Escrituras. Del mismo modo, nosotros podíamos nombrarnos. Éramos capaces de hacerlo. De modo inaugural. Una nueva historia daba comienzo. Antonio Dal Masetto la había hecho posible. La había dejado pendiendo de un hilo en el aire tan solo para ser retomada. Pero no necesariamente para ser escrita. Sino simplemente imaginada. Vivida de modo emocionante. Es más: primero que nada como emoción. Y en ese acto imaginario, poder, sí, ser vivida.